

Melo, portugués al servicio de España; el cual hallándose sin provisiones las pidió al obispo de la ciudad don fray Francisco de Solís. Negóselas el prelado; y entonces acudió el Faria al virey interino de Aragón y arzobispo de Zaragoza don Antonio de la Riva Herrera; mas el corto socorro que este acordó enviarle llegó con tanta lentitud, que ya el gobernador, estrechado por los enemigos, desamparado por los soldados faltos de pan y de pagas, había tenido que rendir la ciudad, y refugiándose á la ciudadela con su mujer y un solo criado. Allí se mantuvieron los tres solos por espacio de ocho días, manejando ellos la artillería, y corriendo de noche los tres llamando á los centinelas para hacer creer que había mas gente; hasta que consiguieron una honrosa capitulación, quedándose abortos y como abochornados los enemigos cuando entraron en la ciudadela, y se encontraron con aquellas tres solas personas, tan maltratados y estropeados sus cuerpos como sus vestidos. Los rebeldes saquearon el palacio episcopal, expiando así el prelado su accion de no haber querido socorrer á los leales (1).

Tambien á Aragón se extendió el contagio, y no fué el conde de Cifuentes quien menos predispuso los ánimos de aquellos naturales á la sublevación. Ayudó á ello la libertad con que los sediciosos catalanes corrían las fronteras de aquel reino; y un fraile catalán, carmelita descalzo, hermano del conde de Centellas, fué el que acabó de excitar á la rebelión la villa de Alcañiz. Siguiéron su ejemplo Caspe, Monroy, Calaceite y otras poblaciones. Alarmados algunos nobles aragoneses, levantaron compañías á su costa para sostener la causa de la lealtad. Doseientos hombres reunió por su cuenta el conde de Atarés, cincuenta caballos el marqués de Cherta, veinticinco don Manuel del Rey, y la ciudad de Zaragoza levantó ocho compañías de á pié y ciento sesenta hombres montados. El rey don Felipe nombró capitán general de Aragón al conde de San Estéban de Gormaz; envió en posta al príncipe de Tilly; ordenó que fuese el ministro Orri para la pronta provision de víveres; mandó que acudiera desde Valencia don José de Salazar con las guardias reales, y dispuso que pasaran á Aragón los tres regimientos formados en Navarra. El príncipe de Tilly recobró fácilmente á Alcañiz, huyendo los sediciosos á Cataluña, y sujetó otros varios lugares, si bien el haber ahorcado á cincuenta rebeldes hechos prisioneros en Calanda abrió un manantial de sangre que había de correr por muchos años en aquellas desgraciadas provincias.

Ocupó el de San Estéban las riberas del Cinca cubriendo á Barbastro. Pero rebelóse todo el condado de Rivagorza, y se levantaron los valles vecinos al Pirineo, manteniéndose solo fiel el castillo de Ainsa; y si se conservó la plaza de Jaca, debióse al auxilio que á petición del conde de San Estéban envió oportunamente el gobernador francés de Bearne. No había tropas para atender á tantos puntos, y con mucha dificultad pudo el de San Estéban disputar ó impedir á los sediciosos el paso del Cinca y mantener en la obediencia á Barbastro, y no alcanzó á estorbarles que se apoderaran de Monzon y su castillo (octubre, 1705). En Fraga tuvieron que capitular con los rebeldes dos regimientos de Navarra que allí había, despues de haber sido gravemente herido el conde de Ripalda su comandante. Todo era reencuentros, choques y combates diarios entre las milicias reales y los partidarios del archiduque, ganándose y perdiéndose alternativamente villas, plazas y castillos. Menester fué ya que acudiera el mismo mariscal de Tessé con las tropas de la frontera de Portugal, ya que afortunadamente lo permitía la retirada de los portugueses del sitio de Badajoz. Mas al llegar estas tropas á Zaragoza, negáronles el paso los zaragozanos alegando ser contra fuero, y hubo necesidad de acceder á que pasaran

(1) Cuenta el conde de Robres que en Lérida se había refugiado un hermano suyo, que con tanto peligro había podido escapar de las garras de los rebeldes, dando una cuchillada á un paisano que le tenía asido ya el caballo de la brida; que fué de los que opinaron por la defensa de la ciudad, pero que alborotados dentro los gremios, pidieron la salida de todos los refugiados, y en su virtud tuvo que acogerse al reino de Aragón. El conde de Robres y don Melchor de Macanaz difieren algo en la relación de algunas circunstancias de la singular defensa del gobernador de Lérida.

por fuera, á que pagaran el portazgo, á que las armas, municiones y víveres satisficieran los derechos de aduanas, á señalarles alojamientos con simple cubierto, y ni pagando al contado les facilitaban el trigo, la cebada y otros mantenimientos, á pesar de tenerlos en abundancia; con lo cual se vió sobradamente el mal espíritu que dominaba en la capital de Aragón.

Fomentábanle el conde de Sástago y el marqués de Coscojuela. El capitán general conde de San Estéban que había cogido la correspondencia de estos dos magnates con el conde de Cifuentes y otros del partido austriaco, quiso cortar el mal de raíz, y no pudiendo prenderlos por ser contra fuero, y puesto que la traición era notoria y las cartas la hacían patente, pidió permiso al rey para darles garrote una noche y mostrarlos al pueblo por la mañana. Felipe lo consultó con el Consejo de Aragón, y este se opuso, diciendo que, sobre estar el conde engañado, aun cuando fuese cierta la infidelidad, todo se perdería si se ejecutaba aquel castigo. Entonces pidió el conde que se los sacara del reino, con cualquier pretexto que fuese. Tambien á esto se opuso el Consejo de Aragón á quien consultó el rey, y aquellos dos hombres hubieron de quedar en libertad, por no contravenir á los fueros, dejando con esto el reino y la capital expuestos á todos los peligros que el conde había previsto; costándole ya no poco trabajo, y no pocos esfuerzos de eficacia y de prudencia conseguir que se franquearan los graneros á los proveedores de las tropas, y que se diera paso por algunas poblaciones á los regimientos (2).

No tardaron en sentirse los desastrosos efectos de la funesta influencia de aquellos dos hombres en Zaragoza. Las órdenes y pragmáticas del rey no eran cumplidas: ellos hacían que la población se opusiera á todo lo que se pretendía de infracción de fueros, bien que fuesen de los que estaban expresamente derogados por los anteriores monarcas sin reclamación del reino; además de negar á las tropas alojamientos, raciones y bagajes, obstinábanse en no permitirles la entrada en la ciudad. Pero el virey las necesitaba, y el día de los Inocentes (diciembre, 1705) entró un batallón de los de Tessé con mucho silencio, y con orden del mariscal para que nada dijese ni hiciesen, aunque oyeran gritar: ¡Viva Carlos III! De allí á poco entró otro batallón por la puerta del Portillo, y apenas habían entrado las dos primeras compañías, el pueblo á la voz de: ¡Mueran los gabachos y vivan los fueros! cerró la puerta, dejando cortado el batallón, y cargando sobre las dos compañías, oficiales y soldados fueron degollados, rotas las banderas y destruidos los tambores. Montó el virey á caballo, y por todas las calles le gritaban las turbas: ¡Viva nuestro virey! ¡Guardense los fueros y no quede francés á vida! El conde logró sosegar el tumulto; pero aquella noche intentaron asesinar al mariscal de Tessé y á los oficiales que con él estaban: don Melchor de Macanaz los sacó de la casa disfrazados, y los llevó á la del virey, de donde los trasladó al campo y á la Aljafería. Se llamaron las tropas del contorno, y se envió la artillería para castigar el insulto. Mas antes de ejecutarse, la ciudad reclamó el privilegio de la Veintena (3), con el cual

(2) Belando, Historia civil de España, tomo I, c. 40 á 42.—San Felipe, Comentarios.—Macanaz, Memorias manusc. c. 33.—Conde de Robres, Historia de las guerras civiles, MS.

Por este tiempo, dice don Melchor de Macanaz en sus Memorias, me honró el rey con el título de su secretario, mandándome que asistiese al conde de San Estéban en su virreinato de Aragón, como lo hice, habiéndole debido especial confianza que correspondió al inmenso trabajo que allí tuve.—Por consecuencia la autoridad de Macanaz es de un gran peso en todo lo que se refiere á los sucesos de aquel reino. Su hermano don Luis Antonio Macanaz era ayudante del capitán general.

(3) El privilegio de la Veintena consistía en lo siguiente. Siendo en lo antiguo frecuentes los tumultos en Zaragoza, y viendo que con castigar á los perturbadores del orden por los términos ordinarios no se conseguía el escarmiento, á petición de la ciudad ordenó don Alfonso el Batallador por un privilegio dado en Fraga, que en tales tumultos congregada la ciudad con un número de consejeros que eligiese que no pasarian de veinte, se informasen bien de los hechos, y sin salir de la junta, ni mas forma de proceso ni de juicio, hiciesen castigar á los autores de la sedición. Esto se practicó algunas veces, armando la ciudad á las personas nobles y de confianza, sacando un estandarte, y haciendo un alarde general se

ella castigaria en su día á los principales cómplices, sin exponer á los inocentes ni á que se tumultuase todo el reino, y de ello se dió cuenta al rey Felipe, que ya había pensado salir á campaña, y temía que de encomendar el castigo á las tropas se valiera el reino de aquel pretexto para rebelarse todo, y se complicaran las dificultades: oido el Consejo de Aragón, contestó que por aquella vez usase la ciudad del privilegio, y que en ella ponía su real confianza para el castigo de tan horrenda maldad.

Mas no solamente no logró el rey atraer con aquella consideración y aquella generosidad á los zaragozanos, sino que al propio tiempo se rebelaron contra su persona y autoridad los de Daroca, los de Huesca, los de Teruel y los de todas aquellas comarcas, derramando la sangre de los soldados. La ciudad de Zaragoza fué de dificultad en dificultad difiriendo el castigo de los delincuentes, y harto daba á entender que no tenía intención de ejecutarle. El rey por su parte se propuso no dar motivo, ni aun pretexto de queja á los zaragozanos, á fin de que no le embarazasen su jornada, y mandó que no se hablara mas de ello. Antes bien dió orden al mariscal de Tessé para que pasase con sus tropas á las fronteras de Cataluña, y al virey le ordenó que pagara á los aragoneses los bagajes y todos los gastos que las tropas hubieran hecho y daños que hubieran causado (30 de diciembre, 1705). Todo se ejecutó puntualmente; pero nada bastó á mejorar el espíritu de aquellos naturales. Ellos, so pretexto de destinarlos á la defensa del rey, hicieron fabricar multitud de cuchillos de dos cortes y largos de una tercia, con sus mangos de madera correspondientes; ellos sobornaron á los fabricantes de unas barcas que el virey había mandado construir para formar un puente; y el rey quiso que se disimulara todo para que no se inquietasen, con objeto de no tener ese embarazo mas para el viaje de campaña que tenía premeditado y estaba ya muy próximo.

La rebelión de los tres reinos había sido escandalosa; grandes los excesos, robos y rapiñas á que los sediciosos se entregaban; y así tambien fué cruel el principio de la guerra, luego que comenzaron á poder operar las tropas con los refuerzos que fueron de Castilla á la entrada del año 1706. El conde de las Torres, destinado á atajar la revolución de Valencia, tomó á fuerza de armas la villa y castillo de Monroy, y los saqueó. Entró sin resistencia en Morella, y dejando allí una pequeña guarnición, pasó á San Mateo, de cuya empresa tuvo que desistir por las copiosas lluvias y por la falta de artillería. Continuando su marcha hacía Valencia, acometió á Villareal, donde los rebeldes le hicieron tan obstinada resistencia, que despues de haberle costado mucha sangre penetrar en la villa, halló de tal manera fortificadas las casas, que tenía que ir las conquistando una por una, hasta que irritado de tanta pertinacia, mandó aplicar fuego á la villa por los cuatro costados, y en medio de las horrosas llamas que la reducían á pavesas, sus soldados saqueaban y acuchillaban sin piedad, sin reconocer ni perdonar edad ni sexo, salvándose solo los que se refugiaron á las iglesias, y las monjas dominicas, que fueron sacadas á las grupas de los caballos de los dragones. Con este escarmiento, Nules y otras villas se sometieron sin violencia: el conde corrió luego las riberas del Júcar, recobró á Cullera, y sentó sus reales en Moncada, una legua de la capital. Y al propio tiempo don Antonio del Valle por la parte de Chiva con las milicias de Castilla que se le habían reunido, incendiaba á Cuarte y á Paterna, é incorporados luego los dos jefes á las inmediaciones de Valencia, derrotaron y escarmentaron varios destacamentos que contra ellos hicieron salir de aquella ciudad los rebeldes Basset y Nebot. El duque de Arcos, virey de Valencia, hombre que ni entendía de cosas de guerra ni para ellas había nacido, fué llamado por el rey á Madrid á ocupar una plaza en el Consejo de Estado, para lo cual era mas á propósito por su instrucción y talento, y fué en él uno

retiraban; y haciendo venir al ejecutor, se buscaba al reo ó reos donde quiera que estuviesen, aunque fuese lugar sagrado, y sin reparar en fueros ni otras formalidades, los hacían ahorcar del primer balcon, reja ó árbol que hubiese, y en esta forma procedían hasta estar satisfecha la vindicta pública.—Fueros del reino de Aragón.—Macanaz, Memorias, c. 34.

de los mas calificados votos, quedando por general de las tropas de Valencia el conde de las Torres.

Alicante, que se mantenía fiel, y había resistido ya á una tentativa que sobre ella hizo el valenciano Francisco de Avila, natural de Gandía, con la gente de alpagata que acaudillaba, fué luego bloqueada por los rebeldes de Játiva, Orihuela, Elche y sus vecindades, con cinco piezas de artillería; pero acudiendo en su auxilio las milicias leales de Murcia, llevando por su general al obispo, quitaron á los bloqueadores la artillería y cuanto llevaban, y pasaron ellos mismos á sitiarse á Onteniente.

Valencia, teatro de las tiranías, y de la avaricia y ambición de Basset y de Nebot, se hallaba en tan miserable estado, que tuvo por conveniente el general inglés, conde de Peterborough, trasladarse allá con un cuerpo de miqueletes catalanes y de tropas inglesas á poner orden y concierto en la ciudad. Como saliesen á recibirle armados los frailes de diferentes comunidades y religiones, para mostrar así mejor su entusiasmo por el nuevo rey: *Ya he visto*, les dijo, *la iglesia militante; ahora dejad las armas, y retiraos á vuestros conventos, que por ahora no necesito de vuestra ayuda*. Puso coto á las exacciones de los dos caudillos valencianos; trató con cariño á los adictos al rey don Felipe, que sufrían todo género de vejámenes, y especialmente á las señoras que se habían refugiado á los conventos, les permitió volver á sus casas con seguridad, y dió escolta á las que quisieron salir á buscar sus maridos.

En la frontera de Aragón y Cataluña se peleaba ya tambien con furor y crueldad, cometiéndose desmanes y excesos por los de uno y otro partido. Al abandonar los ingleses á Fraga, despues de haberla saqueado, robaron los vasos de los templos, arrojaron las sagradas formas al Cinca, é hicieron otros sacrilegios que escandalizaron á aquellos católicos habitantes. Por su parte las tropas francesas y castellanas daban al saco y al incendio las poblaciones rebeldes que tomaban, como lo ejecutaron, entre otras, con Calaceite, la villa mas rica de Aragón antes de la guerra, y ahorcaban á los cabos de la rebelión, como lo hicieron con dos hermanos, hijos de un notario de Caspe, que se habían resistido en Mirabete. Algunos pueblos del condado de Ribagorza volvieron á la obediencia del legítimo rey, merced á la actividad de las tropas leales. El mariscal de Tessé había puesto su cuartel general en Caspe, donde cuidó de tenerlo todo preparado para la jornada del rey, que se le había de incorporar en aquella célebre villa. Y el virey de Aragón, conde de San Estéban, añadió á los importantes servicios que ya había hecho á su monarca, el de ofrecerle todas las rentas de sus estados y de los del marqués de Villena su padre, con la artillería que tenían en varios lugares y castillos de sus señoríos (ofrecimiento que el rey agradeció mucho, y rehusó con delicadeza); el de ir conteniendo á fuerza de prudencia á los zaragozanos, y el de saber todos los planes y proyectos de los rebeldes en Cataluña y Aragón, ganando los espías y correos, por medio de los cuales se entendían y comunicaban, especialmente el conde de Cifuentes, el de Sástago y el marqués de Coscojuela, abriendo su correspondencia, copiándola y volviendo á enviársela cerrada (1).

Salió al fin el rey Felipe V de Madrid (23 de febrero, 1706) para su jornada de campaña, dejando á la reina el gobierno de la monarquía, acompañado solo de los grandes de la servidumbre, pues no quiso que le siguieran los muchos que á ello se ofrecieron, porque temió que le embarazaran, y llevando por secretario del despacho universal á don José de Grimaldo. Excusóse de pasar por Zaragoza so pretexto de tener que acelerar su marcha, si bien dejando á la diputación y ciudad dos finísimas cartas en que les decía que dejaba confiada á su lealtad la población y el reino, en prueba de lo cual iba á llevar consigo todas las tropas, incluidas las que guardaban la Aljafería, que dejaba encomendada á la defensa de los natu-

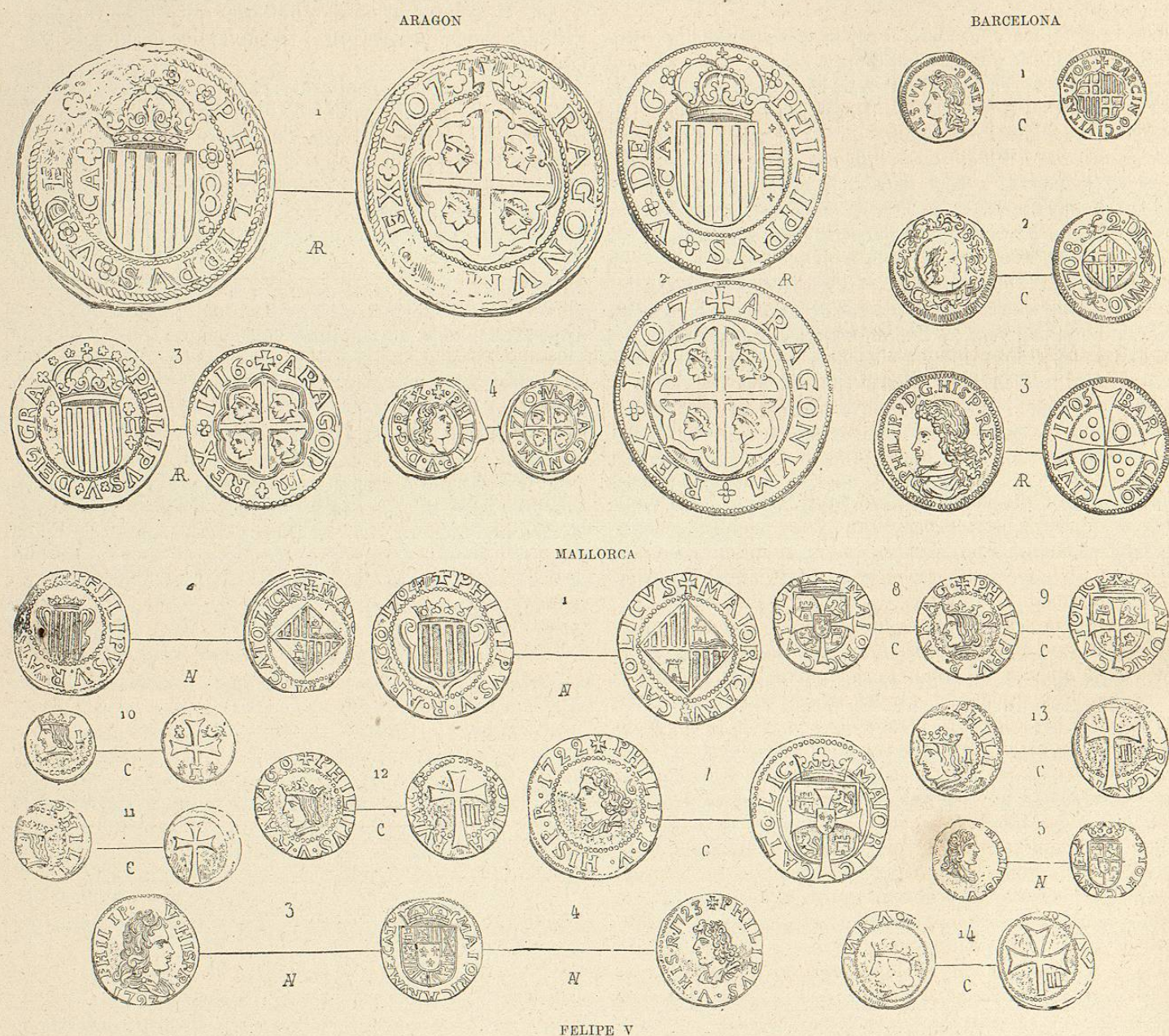
(1) «Yo abría las cartas, dice Macanaz, y las copiaba, y despues las volvía cerradas... La cifra del conde de Cifuentes se halló tambien por este medio, pues él era el que mas entretenía esta correspondencia, y así nada se ignoraba, y todo se prevenía con tiempo, dando de todo cuenta al rey...»—Memorias manuscritas, c. 48.



rales. Admirable y discreto modo de comprometer á la fidelidad á los pundonorosos aragoneses, de quienes tanto motivo tenia para recelar y tan poco afectos se le habian mostrado (1). Incorporósele el conde de San Estéban, á quien hizo mariscal de campo, y que por seguirle á la campaña dejó la capitania general de Aragon, y con él fué tambien el secretario don Melchor de Macanaz. Y prosiguiendo el rey su jornada, llegó

á Caspe, donde le esperaba el mariscal de Tessé (14 de marzo, 1706).

El plan, inspirado y aconsejado por los franceses, era marchar y caer simultáneamente sobre Barcelona, el rey con las tropas de Aragon, Valencia y Castilla, por la parte de Lérida, el duque de Noailles con un ejército francés por el Ampurdan, y por mar la armada del conde de Tolosa; con la idea de



que, tomada Barcelona y hecho prisionero el archiduque, se rendiria todo el Principado, y aun los reinos de Valencia y

(1) Hé aquí la viva y exacta pintura que hace Macanaz del espíritu y situacion de Zaragoza, y aun de todo el reino:

«En cuarenta días y cuarenta noches no entré en cama, no tanto por las prevenciones que se hicieron para la jornada de S. M. y del ejército, cuanto por las continuas alarmas de los rebeldes y cuidado en haberlos de quietar por amor, y todos los medios mas suaves que se pudieran alcanzar; pues era tal la desgracia, que en la audiencia, apenas habia de quién fiar, sino del fiscal don José de Rodrigo; en la iglesia, el arzobispo y muy pocos canónigos; en el tribunal del justicia de Aragon, solo don Miguel de Jaca, que es el justicia; en el del gobernador del reino, solo don Miguel Francisco Pueyo, que era el gobernador; en la nobleza, el conde de Albaterra, el de Guara, don José de Urries y Navarro, conde de Atarés, conde de Bureta, conde de San Clemente, conde de Cobatillas, marqués de Sierta, marqués de Tosos, y algunos caballeros, con el Zalmedina don Juan Jerónimo de Blancas; y de los diputados del reino, el marqués de Alcazar y el diputado de Borja. En la ciudad, casi ninguno habia bueno; el capitán de guardias don Jerónimo Anton era muy malo. De los obispos, el de Huesca y el de Albaracín eran muy malos; de las comunidades de Teruel, Calatayud y Daroca no habia que fiar; de los pueblos, solo de Caspe y Fraga habia entera confianza, y Jaca que jamás se perdió; Tarazona y Borja nos fueron fieles. Y conociéndolos á todos, y sabiendo que lo que convenia era conservarlos á costa de sufrir con pacien-

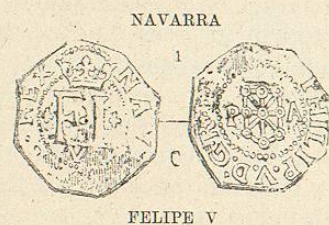
Aragon. El proyecto no parecia malo, si hubiese sido posible prevenir todas las eventualidades, y si no quedaran á la espalda tantos enemigos (2). Antes de salir de Caspe concedió el rey un indulto general amplisimo á todos los que volvieron á su obediencia dentro de un término dado, y este bando le

cia sus maldades, no se omitió cosa alguna que pudiera convenir; y si Sástago ó Coscojuela no se hubiesen mantenido en el reino animando á todos los rebeldes, y concitando á los labradores y pelaires de las parroquias de San Pablo y la Magdalena, que fueron los que ejecutaron la maldad contra las tropas, sin duda alguna no hubiera habido en el reino movimiento alguno.» Memorias manuscritas, cap. 48.

(2) Don Melchor de Macanaz atribuye á los franceses un designio siniestro en esta combinacion, á saber, el de arruinar la España, y que quedara en ella de rey el archiduque, pero tan decaída que no pudiera hacer nunca sombra á la Francia; y dice que entraban en este propósito el duque de Borgoña, el de Noailles, el mariscal de Tessé y otros jefes franceses. En este mismo sentido se explica en varios lugares el marqués de San Felipe, y estos planes se vieron despues por desgracia harto confirmados; por lo que no deja de ser extraño lo que respecto al caso presente afirma Belando, á saber, que celebrado consejo, el mariscal de Tessé fué de opinion que convenia someter antes á Lérida, Monzon y Tortosa, para tener guardadas las espaldas en el caso de no salir con la empresa, pero que se opusieron los oficiales españoles por lo fácil que juzgaban la rendicion de Barcelona. Hist. civil, tom. I, c. 47.

hizo introducir y circular por Cataluña: pero este acto de política y generosidad fué atribuido por los catalanes á miedo, y le recibieron con menosprecio y desden.

Al tercer día (17 de marzo, 1706), partió el rey de Caspe con el ejército, y haciendo cortas jornadas, deteniéndose en algunos puntos por esperar á que se le incorporaran mas tropas, pasó el 2 de abril el Llobregat, y desde las alturas de Monserrat divisó la armada del conde de Tolosa, compuesta de veintiseis navios de línea y muchos trasportes, que estaba ya en la bahía de Barcelona. Al día siguiente puso su ejército en batalla cerca de la ciudad, y encontró ya acampado á la otra parte al duque de Noailles con el ejército francés. Todo hasta aquí habia correspondido exacta y puntualmente á la combinacion. El de Tolosa comenzó á desembarcar provisiones de boca y guerra en abundancia, ocupando la Torre del Rio; el de Noailles se situó en el convento de Santa Madrona, á la falda de Monjuich; el rey celebró consejo, en el cual por acuerdo de los generales é ingenieros franceses se resolvió atacar el castillo, cuya operacion comenzó el 6 (abril), mas



con mala direccion y poco fruto. Empeñóse Felipe en reconocer por sí mismo los trabajos en medio del fuego de los morteros, cañones y fusiles enemigos; y como los cabos todos le disuadieran de aquel pensamiento por los peligros que iba á correr su persona: «Donde suben los soldados á hacer el servicio, respondió, bien puede subir tambien el rey.—Pero soldados hay muchos, le replicaron, y rey no hay mas que uno.—Eso no es del caso,» contestó. Y subiendo animosamente aquella tarde (13 de abril), reconoció todas las obras, mostrándose poco satisfecho de ellas, pero admirando lo que habian trabajado los soldados, les mandó dar veinticinco doblones, y otros tantos á los artilleros.

Hallábase en la plaza el archiduque con escasa guarnicion; pero el conde de Cifuentes salió á levantar el país, cosa que logró fácilmente, de modo que los nuestros no podian ya dar un paso fuera de su campo. Juntóseles el príncipe Enrique, landgrave de Hesse, con la guarnicion de Lérida, cuya frontera mandaba. El ingeniero francés, que tan mal dirigia los ataques del campamento real, murió de un balazo (18 de abril). Reemplazóle con ventaja un ingeniero aragonés llamado don Francisco Mauléon, con lo que pudo el marqués de Aytona tomar las obras exteriores del castillo, hacer doscientos prisioneros ingleses, con cinco piezas de artillería, y en este combate murió el comandante del castillo, milord Dunneal (21 de abril). En esto se oyó tocar á somaten las campanas de Barcelona: á poco rato se vió salir de la ciudad ondeando el estandarte de Santa Eulalia mas de diez mil personas, hombres, mujeres, muchachos, frailes y clérigos, que subiendo en tres columnas empeñaron un vivísimo y sangriento combate con las tropas; hubo necesidad de desalojarlos á la bayoneta, con muerte de cerca de seiscientos, arrojándolos hasta las puertas de la plaza: el marqués de Aytona corrió grandes peligros: una bala le llevó el sombrero; el mariscal de campo y brigadier que con él estaban fueron heridos, y todos sus ayudantes quedaron reventados del trabajo.

Los días siguientes se atacó y bombardeó resueltamente la plaza y el castillo á un mismo tiempo por mar y por tierra. Mas cuando ya se habia comenzado á romper la muralla, la mañana del 7 de mayo (1706) tres salvas de artillería y algunos voladores de fuego anunciaron á los de la plaza el arribo de la escuadra anglo-holandesa compuesta de cincuenta y tres navios de línea. La del conde de Tolosa, que se reconocia inferior, se apresuró á retirarse á los puertos de Francia. Golpe fué este que desconcertó á los sitiadores, y mas cuando vieron que desembarcaban ocho mil hombres de la armada enemiga, y la prisa que se dieron los de dentro á cerrar la

cortadura del muro. Pero no fué solo este el contratiempo. A los dos días llegó al rey la funesta nueva de que los portugueses habian tomado la plaza de Alcántara con ocho batallones de nuestra mejor infantería, y que se proponian marchar á la corte, sin que hubiera fuerzas que pudieran impedirlo.

A vista de tales desastres celebró el rey otro consejo (10 de mayo, 1706) para deliberar si se habia de dar el asalto á la plaza, ó se habia de levantar el sitio. Pesados los inconvenientes de lo uno y de lo otro, se resolvió lo segundo. Discursióse tambien por dónde convendria mas hacer la retirada, y considerada la situacion de Cataluña y la poca confianza que el Aragon ofrecia, túvose por mas seguro retirarse por el Ampurdan y el Rosellon. Levantóse, pues, el campo de noche y sin tocar trompetas ni tímboles, pero incendiando todas las casas del contorno, y dejando tambien prendidas las mechas de las minas que tenian hechas al castillo, bien que una sola reventó, llegando los de la ciudad á tiempo de apagar las otras. Oscura la noche, estrecho el camino y lleno de precipicios, ramblas y barrancos, en desórden las tropas, ya era harto desastrosa la marcha del ejército, cuando apercibiéndose de ella los enemigos se dieron á perseguirle y hostilizarle por alturas y hondonadas. Para mayor infortunio se eclipsó al día siguiente el sol, se encapotó el cielo, y creció la confusion y el espanto, que la preocupacion abultaba, como á la presencia de tales fenómenos acontece siempre. A fin de hacer mas desembarazada la huida se abandonó toda la artillería, todas las municiones, vituallas y bagajes (1). Aun así continuó siendo lastimosa su retirada, picándose la retaguardia, y coronadas siempre las montañas de miqueletes, incendiando ellos poblaciones y campos, y todo lo que encontraban por delante. Al fin el 23 de mayo llegó el rey á Perpiñan, con seis mil hombres menos de los que habia llevado á Cataluña.

Tal fué el resultado desgraciadísimo del sitio de Barcelona (2). Excusado es ponderar lo que celebraron este triunfo

(1) Lo que quedó abandonado y en poder de los rebeldes fué: ciento seis cañones de bronce; veintisiete morteros del mismo metal; mas de cinco mil barriles de pólvora; seiscientos barriles de balas de fusil; mas de dos mil bombas; diez mil granadas reales; innumerables de mano; ocho mil picos, palas y zapas; cuarenta mil balas de cañon; diez y seis mil sacos de harina; gran cantidad de trigo y avena; mas de diez mil pares de zapatos; muchos hornillos de hierro; la botica con todas sus provisiones; además de quinientos soldados enfermos en el convento de Santa Engracia.—Macanaz. Memorias manuscritas, c. 49, p. 37.—Feliu, Anales de Cataluña, lib. XXIII.—Conde de Robres, Historia manuscrita.—Marqués de San Felipe, Comentarios de la Guerra civil, tom. I.—Relacion del sitio de Barcelona, tomo de varios.

(2) Para la relacion de este suceso, hemos seguido las Memorias de don Melchor de Macanaz, que iba de secretario del general conde de San Estéban.

Los barceloneses imprimieron y publicaron por su parte un Diario de todo lo acaecido en este célebre sitio. Este Diario conviene con las Memorias de Macanaz en todos los principales hechos, pero añade noticias sumamente curiosas de lo que pasaba dentro de la ciudad y en el país dominado por la rebelion, lo cual no podian conocer los que estaban en el ejército real. Cuéntase en él, por ejemplo, que en consejo de guerra se resolvió que el archiduque saliera de la plaza para que no se expusiese su persona á los trabajos y peligros de un asedio, y así se lo participó él á la ciudad, á la diputacion y al brazo militar, pero que estos tres cuerpos le instaron tanto á que se quedase, ofreciendo sacrificar todos sus vidas por él, que al fin se resolvió á no salir: que una noche muchas personas religiosas vieron sobre el castillo de Monjuich un meteoro en forma de la Cruz de Santa Eulalia, «pero de nuestro ejército (dice el mismo Diario) ninguno le vió.» que los religiosos de todas las órdenes ocupaban por las noches sus puestos en la muralla, armados, formados y con sus cabos, como si fuesen tropas regladas, y por las noches andaban por la ciudad rondas compuestas de dos canónigos y diez clérigos cada una, con lo cual se evitaron muchos desórdenes: da cuenta de los cabos que mandaban cada cuerpo; de los refuerzos que cada día entraban por mar y por tierra, así de los aliados como de los somatenes del país; de cómo contribuia cada corporacion, cada gremio y cada clase de la ciudad para los mantenimientos; de los puntos que cada día se tomaban ó perdian; de los desertores que entraban; del arribo de la armada de los aliados; de la desastrosa retirada de las tropas reales, etc.: todo con pormenores y circunstancias, en que á nosotros no nos es dado detenernos.

Este Diario es en general exacto y verídico, si se exceptua en lo de dar siempre la ventaja de todos los encuentros á los catalanes, y en lo de exagerar los muertos del campo enemigo y disminuir el de los suyos, de-